EL JACARANDÁ

Autor: JUAN L. ORTIZ

Ah, él me pregunta, me pregunta...
y quiere como adelantar, tímidamente,
una suerte de manecillas
hacia un secreto mío, o nuestro, que él desearía, al parecer,
poner de pie
y unirlo al suyo...

Por qué si no ese misterio de "helechos"
abriendo siempre su brisa
contra el cristal, ay,
o tendiéndola en el vacío, en seguida, ya mas íntimamente,
pero apenas, oh, muy apenas...
en el vacío
de una melancolía sin visillos?

—Si —me objetaríais—

el Jacaranda se fuese arriba, más arriba, es cierto, de los pisos,
en busca de su cielo entre los paraísos,
y éstos, naturalmente, le asignaran a su respiración,
el lado de tu ventana:
qué mucho que sus "plumas" den en los vidrios, así,
y ensayen aún tu aire?

—Eso es una "verdad" —os susurraría—,
más me permitiríais insistir en lo que invita hasta a mi
sueño?:

el Jacarandá, de ese modo,
al nivel de otra transparencia que aspiraría a tocar,
tiende hacia ella, tal un ciego, unos escalofríos de ramillas,
para despertarla, acaso en su raíz:
el mismo anhelo, pues, sobre los azares del espacio,
de respirar el azul y los rocíos de las "celistia",
desde la memoria de los grillos?

Y qué haría, entonces, —os pediría me lo dijeseis—

qué haría esa nada
o esa ausencia que no sabe
de sí,
y para la cual, él, alista continuamente sus palpillos
y una como fe...:

qué haría esa nada al lado de él,
que así, de hojas,
sube y sube, curvándola,

la fuente de la identidad
en el surtidor de la música...
y vuelve verde, para danzar, todo de alas
en la luz,
al "hijo de la noche"
que es nuestro hermano, igualmente, de
sombra,
entre las napas del ser,
con su mismo sentimiento hacia las
flautas?

Y qué haría la tristeza, o qué? luego,
llevando en su olvido, hasta cuándo? unos dedillos de Jacarandá
que lo llamarían a la melodía
o a las perlas de ese silencio que baja, melodiosamente
también,
de las pestañas sin tiempo... ?

Que haría, sobre todo, ella, aparte
—habrá de mirar, hay, pronto, de otra palidez—
o qué haría en los hilos ya, de las hierbas y los hálitos?
O es que lo imposible de las voces
—oiríais, desde aquí, el crecimiento de la margarita?—
se buscarían sufriendo, sufriendo todavía,
en la fuga de la soledad,
hasta la chispa y la enajenación, allá, para unos pétalos,
sobre las líneas de los abismos?